

Esperando a Tarradellas



Josep Tarradellas: "Los catalanes nunca romperemos entre nosotros". En la foto, el presidente de la Generalitat con su mujer.

EL presidente Tarradellas ha aplazado su anunciado mensaje al pueblo catalán. No llegará con motivo del fin de año, sino con la Epifanía. No se conocen públicamente todas las claves del asunto, pero los enterados anticipan un duelo Tarradellas-Pujol de no mediar circunstancias nuevas que precipiten la concordia antes del día 6 de enero. Básicamente, los argumentos antagónicos siguen donde estaban: Pujol abona por el momento la tesis de que Catalunya negocie bilateralmente con el Gobierno, pero también desde plataformas unitarias estatales. Tarradellas, en cambio, insiste en que la negociación ha de ser exclusivamente bilateral: el presidente no niega buena disposición hacia las nacionalidades a las instancias unitarias españolas, pero, según él, debe ser Catalunya, representada por sus instituciones, la única que debe negociar su estatus de dependencia o independencia con respecto al poder central.

Curiosamente, Tarradellas agrupa a su alrededor a buena parte de lo que podríamos llamar "extrema izquierda catalana". Esa extrema izquierda justifica su óptica tarradellista en el hecho de que las tesis de Tarradellas reúnen más elementos rupturistas que las tesis pactistas del pujolismo y sus aliados. Pujol y sus aliados piensan que los compañeros de viaje de Tarradellas lo son por mero oportunismo. Hay quien ya califica a Tarradellas de Papa Luna, hay quien le califica de "caballo muerto" por el que no vale la pena apostar, hay quien le atribuye un maniobrerismo telecontrolado por la derecha catalana y hay quien rescata el mito moderno del general Della Rovere para explicar el empecinamiento del actual pre-

sidente de la Generalitat de Catalunya. Un preso asumió la falsa identidad del general Della Rovere, héroe de la Resistencia, en la Italia ocupada por los nazis. Detenido por los alemanes, el falso Della Rovere no sólo asumió su papel y resistió la tortura, sino que llevó su papel hasta el fusilamiento. Se dice que Tarradellas fue resucitado precisamente por Pujol y otras fuerzas del centro-derecha para equilibrar con el prestigio político de la institución la fuerza real de la izquierda dentro de las plataformas unitarias. Tarradellas no sólo aceptó asumir el papel histórico que le correspondía desde que en 1954 fue elegido presidente de la Generalitat de Catalunya en el exilio, sino que dio el paso siguiente: ejercer como presidente-árbitro en la interpretación de las líneas maestras de la política restauradora de las instituciones catalanas.

El resucitado Tarradellas ha acabado siendo incómodo para los mismísimos resucitadores. Lo indudable es que Tarradellas está ahí y que se nota mucho que está ahí. Sólo una fuerza política, el PSUC, ha manifestado su radical desacuerdo con las tesis de Tarradellas. Otras fuerzas que en la práctica actúan como el PSUC han cuidado las formas y no han llegado a una ruptura explícita con el empecinado vigía de St.-Martin le Beau. Cuidado. El PSUC ha criticado abiertamente al Tarradellas que se opone a negociar dentro del conjunto de las fuerzas democráticas del Estado español, pero al mismo tiempo ha reafirmado su apoyo a Tarradellas como símbolo de la institución de la Generalitat. La confusión de las formas no se corresponde con la claridad de las actitudes generales. No se rompe con Tarradellas,

pero con la excepción de la extrema izquierda y de la Esquerra Republicana de Heribert Barrera, las otras fuerzas democráticas secundan las tesis negociadoras de Pujol o Cañellas, el primero como representante de la mayoría de fuerzas políticas de Catalunya y el segundo del Equipo Democristiano de España. El propio Tarradellas no oculta su necesidad de las fuerzas que le critican y en cambio minimiza la significación real del apoyo que puede recibir de la extrema izquierda.

Hasta ahora, todo ha quedado en un lenguaje de intenciones y medias palabras y en secretos sumarios de cómo han ido realmente los encuentros de Tarradellas con las fuerzas políticas catalanas. Pero si el presidente dice cosas tajantes y graves en su mensaje del día de Reyes, tanto él como los otros deberán quemar las naves y arriesgarse en un combate abierto en el que las fuerzas sociales y las clases populares de Catalunya tienen la última palabra. Si bien Tarradellas es famoso por la audacia de sus juicios lapidarios sobre tirios y troyanos, también se le reconoce esa suprema habilidad final de no romper nunca las cartas a la hora de la verdad. Tal vez asistamos a un largo periodo de tira y afloja, de esto digo y otra cosa hago, que aplace dramáticos finales de acto hasta el auténtico final del drama: cuando desde el nivel que sea de normalidad democrática, Catalunya esté en condiciones de recuperar sus instituciones total o parcialmente. El tarradellismo puede capitalizar cualquier abandonismo de la reivindicación catalana practicado por las instancias unitarias, porque el tarradellismo entonces podría encarnarse en un gran e importante

tejido social popular desencantado.

El mismo aplazamiento del mensaje tarradellense tiene una indudable significación política. La Navidad ha iniciado una confusa quincena política de transición que lleva las entrañas preñadas de bombas de explosión retardada: desde el caso Oriol al caso Carrillo, pasando por los evidentes síntomas de crisis en aparatos de estado hasta ahora monolíticos y fundamentales. Tarradellas sabe que las condiciones de hoy pueden cambiar importantemente mañana por la mañana: bastaría para ello que se resolviera mal o bien (según las ópticas) el expediente Carrillo o el secuestro de Oriol. El Gobierno Suárez se revela con un elemento indispensable para adoptar cualquier postura, sea ante la cuestión catalana, sea ante la cuestión española, sea ante la cuestión catalano-española. Y el Gobierno Suárez depende en buena manera de cómo se resuelvan los tres contenciosos aludidos. Los que hemos visto a un Tarradellas pendiente del teléfono, reclamado minuto a minuto por informadores que le van prestando las piezas del mosaico de una realidad lejana, sabemos que el honorable presidente respeta tanto los principios como los cambiantes elementos de la realidad.

Una de las constantes argumentales del presidente es que "... los catalanes nunca debemos llegar a romper. Nunca romperemos entre nosotros. Al final siempre nos entenderemos". Ojalá este principio y los elementos de análisis que le brinde el teléfono, las visitas o su frenética dedicación a la prensa del interior, le dicten un auténtico mensaje de Epifanía y no un responso de Viernes Santo. ■ M. VAZQUEZ MONTALBAN.